



Capítulo 164

«?»

«...?»

Alon no pudo evitar sentirse infinitamente desconcertado al ver que la mujer de repente derramaba lágrimas.

Ella simplemente lo había estado mirando fijamente antes de empezar a llorar de repente.

«¿He hecho algo?».

Una avalancha de pensamientos se agolpó en su mente, pero, naturalmente, él no había hecho nada.

De hecho, ni siquiera había tenido tiempo para ello.

El momento de confusión duró solo unos instantes.

«Lo siento, se me ha metido algo en el ojo».

«¿Ah, sí?».

«Sí».



«... Ya veo».

Alon solo pudo responder con vacilación a la lenta explicación de la mujer.

Por mucho que lo mirara, no parecía que se le hubiera metido algo en el ojo; más bien parecía que lloraba de tristeza.

Pero como ella insistía en que era así, insistir en el tema le pareció inapropiado, así que decidió no darle más vueltas.

«... ¿Nos presentamos primero?».

«Sí, soy Lina, la directora de la empresa Greenwood Trading».

Por un momento, Alon intentó recordar algo sobre la empresa Greenwood Trading, pero rápidamente se rindió.

«No parece ser una empresa comercial particularmente famosa».

Todo lo que sabía era la información que acababa de escuchar del asistente.

«He oído que quería hablar conmigo sobre artesanía en oro. ¿Es eso cierto?».

«Sí, así es».

«Entonces cuéntenoslo con detalle».

Ella asintió con la cabeza mientras se secaba los ojos de nuevo.



30 minutos después.

«Marqués».

«¿Qué pasa?».

«¿Ha ido bien la reunión?».

«Terminó bastante bien».

«¿Ah, sí?».

preguntó Alon ante la sorprendida reacción de Evan.

«¿Por qué me miras así?».

«Es solo que... Normalmente, las conversaciones con los directores de las empresas comerciales no terminan tan rápido. Y estamos hablando de artesanías de oro, ¿no? Supuse que habría mucho que negociar».

«Bueno, no te equivocas».

Alon asintió con la cabeza.



«En efecto, el valor de las artesanías de oro es elevado».

El oro en sí era caro, y el valor de los objetos de oro elaborados podía variar mucho dependiendo del artesano.

Por supuesto, Alon tenía un conocimiento general de estas cuestiones de sentido común, aunque no en detalle.

«Sinceramente, yo también me sorprendí un poco».

«¿Por qué?».

«Que se acabó tan rápido».

En realidad, Alon había estado desconcertado todo el tiempo por lo bien que habían salido las cosas.

«Las condiciones eran demasiado buenas».

Desde el punto de vista de Alon, unas buenas condiciones no eran, naturalmente, algo malo.

Sin embargo, cuanto mejores eran las condiciones para Alon, peores debían de ser para la otra parte.

En esencia, las negociaciones consistían en equilibrar los beneficios y las pérdidas mutuas.



Si una parte del acuerdo era ventajosa, tenía que haber otras partes que requirieran concesiones.

Este principio se había cumplido en todas las transacciones que Alon había realizado hasta ahora con numerosas empresas comerciales.

Sin embargo, en esta negociación, incluso antes de que comenzara, había muchas condiciones que favorecían desproporcionadamente a Alon.

«... Algo no me cuadra».

Eso era precisamente lo que Alon encontraba extraño.

Aunque la negociación había concluido con éxito, por más que lo pensara, Alon no conseguía entender qué ganaba la empresa comercial con el acuerdo.

«Bueno, si tuviera que ponerle alguna pega, tampoco es que sea un acuerdo tan malo para ellos... Pero aún así, sin duda había aspectos en los que podrían haber sido más ambiciosos. ¿Por qué renunciaron a tanto?».

Mientras Alon seguía reflexionando, finalmente se encogió de hombros, como solía hacer.

El resultado fue bueno.

Dado que el contrato no le ponía en desventaja, no había necesidad de darle más vueltas.

«... Aunque sigo sin entender por qué lloraba al principio».



El hecho de que ella hubiera estallado en llanto en cuanto lo vio también lo dejó perplejo.

—Ah, por cierto, marqués.

«¿Qué pasa?».

«Dicen que el maestro de la torre vicio ha descubierto una nueva fórmula».

«... ¿Ah, sí?».

Sin tiempo para pensar en ello, Alon se levantó de su asiento y se dirigió hacia donde estaba Penia.

Mientras tanto, Lina, la directora de la empresa Greenwood Trading —o, mejor dicho, la reina elfa Magrina, que acababa de hablar con Alon— estaba sumida en un profundo mar de pensamientos.

El disfraz humano cayó y Perion, que la había acompañado como escolta, la miró con una expresión algo peculiar.

La razón estaba en el comportamiento anterior de la reina.

«... ¿Qué ha sido eso?».



Perion no podía entender su comportamiento general de ese día.

La reina había abandonado Greynifra, un lugar que nunca debería abandonar, para visitar al marqués Palatio por una única razón.

Para confirmar si el marqués Palatio era o no el Elfo Primordial.

Pero, en su interior, Perion creía que este viaje daría pocos resultados para la reina.

Si Philde, la maga de mayor rango entre los elfos, estaba en lo cierto en su suposición...

Incluso si el marqués Palatio fuera el Elfo Primordial y reconociera a su hermana, la reina Magrina, no lo admitiría abiertamente.

En otras palabras, bajo tales limitaciones, la reina no tenía forma de discernir si el marqués Palatio era el Elfo Primordial.

Por lo tanto, a pesar de la firme convicción de la reina de que lo confirmaría al verlo en persona, Perion había mantenido una postura escéptica.

Sin embargo...

«... ¿Por qué derramó lágrimas?».

Aunque la reina parecía ahora sumida en sus pensamientos con expresión seria, Perion lo había presenciado sin lugar a dudas.



Justo antes, en el momento en que vio el rostro del marqués Palatio, una sola lágrima había resbalado por su mejilla.

Perion podía afirmar con seguridad que era la primera vez que veía una reacción así en la reina.

Ella nunca revelaba sus emociones personales delante de los demás.

Aunque era sin duda una gobernante compasiva, soportaba el peso de sus deberes reales con más intensidad que nadie y los cumplía sin falta.

¿Podría haber percibido realmente algo del marqués Palatio? ¿De una manera que él desconocía?

«Pero si ese es el caso...».

Perion la miró de nuevo.

Para entonces, Magrina había vuelto a mostrar el rostro sereno de una gobernante.

No como una «hermana» que revelaba fragmentos de emoción ligados al Elfo Primordial, sino como una «reina» clara y resuelta.

Justo cuando Perion consideraba arriesgarse a cometer una impropiedad para satisfacer su curiosidad...

—Perion.



La reina, que había permanecido en silencio desde que salieron de la finca del marqués Palatio, habló de repente.

«Sí».

Perion contuvo la respiración por un momento.

Una fugaz mezcla de emociones cruzó el rostro de la reina: arrepentimiento, tristeza y una leve sonrisa, todo ello desapareció en un instante.

Tras una breve pausa, Magrina dio la orden.

«... Coloca las Hojas Sombrías a su lado».

«... ¿Hojas de sombra?»

«Sí».

Shadow se marcha.

Para aquellos que custodiaban las raíces de «Paggade», las Hojas Sombrías eran un selecto grupo de elfos que protegían a la reina desde las sombras, cada uno de ellos un maestro espadachín.

Eran, en esencia, la unidad de escolta personal de la reina.

«¿Quieres decir que...?»



«Sí, así es».

«... ¿Cómo te diste cuenta?».

La expresión de Perion reflejaba su desconcierto.

Magrina recordó los guantes que llevaba el marqués Palatio.

Guantes que solo los elfos podían usar.

Más concretamente, guantes que solo podía usar el Elfo Primordial...

su hermano.

En cuanto los vio, las lágrimas brotaron involuntariamente de sus ojos, pero su certeza de que el marqués Palatio era el Elfo Primordial no se debía únicamente a eso.

«Tengo mi propio método».

«... ...»

La reina respondió con una sonrisa y sacó algo de su bata.

Era un anillo viejo.

Un anillo tan desgastado que había perdido su brillo en muchos lugares.



Originalmente, se suponía que solo había uno de su tipo en todo el mundo.

«A mi manera».

El que Alon había obtenido por primera vez en el laberinto ahora descansaba en su mano.

Un anillo que le había regalado el Elfo Primordial.

En ese momento, Alon estaba...

«Hm~ ¿Así que el líder de la empresa comercial simplemente lo soltó todo, y luego lloró y se rió? ¿Es eso más o menos así?».

Repasando los acontecimientos anteriores con Penia.

«Bueno... Puede que el orden se haya invertido, pero esa es la esencia».

«¿Podría haber sido algún tipo de acuerdo forzado... o algo por el estilo?».

El rostro de Penia mostró brevemente simpatía antes de que Alon interviniera.

«¿Qué opinas exactamente de mí...?»



Ella agitó las manos apresuradamente.

«¡Oh, no, no, eso no! Jaja... ¿Quizás el líder de la empresa comercial simplemente tiene... cambios de humor?».

«... Mmm, tal vez».

«Qué pena, siendo tan joven».

Y con eso concluyó su extraña y reconfortante (?) conversación.

Era el atardecer.

Para Hidan, las reuniones habituales de la Luna Azul solían ser un poco caóticas.

Para ser precisos, empezaban tranquilamente, pero se volvían más revoltosas a medida que pasaba el tiempo.

Aunque las reuniones siempre habían transcurrido así, a Hidan nunca le habían resultado especialmente molestas.

Siempre que las discusiones se volvían excesivamente ruidosas o acaloradas, Luna Roja intervenía para mediar y restablecer el orden.

Sin embargo, en ese momento, Hidan se sentía profundamente inquieto.



¿La razón?

[Todos lo han oído, ¿verdad?]

[Un regalo de cumpleaños, ¿eh?]

No era otra cosa que el regalo de cumpleaños de la Gran Luna.

No, para ser más precisos, se trataba de las discusiones sobre el regalo.

[Deus, solo para que lo sepas, no te pases con un regalo extravagante].

[Lo sé].

[¿Estás «realmente» seguro de que lo sabes?]

[Sí, tengo pensado preparar algo «apropiado».]

[Mmm, yo también. Estoy planeando algo perfectamente apropiado].

[Yo pienso lo mismo. No debemos hacer que el regalo sea una carga para el hermano].

Las lunas habían iniciado una sutil pero inconfundible competencia.



[Hmm, todos tienen la idea correcta. Parece que todos entendemos que darle un regalo demasiado extravagante podría abrumarlo].

[¡Sí, lo entiendo perfectamente!]

Hidan miró a las otras lunas, incluida Yutia.

Las lunas lucían sonrisas relajadas y cómplices.

A primera vista, parecía que sus palabras podían tomarse al pie de la letra, pero Hidan, que solía deambular por ahí recopilando informes, sabía que no era así.

... Las cinco lunas «en absoluto» estaban preparando regalos «apropiados».

En otras palabras...

[Sí, debemos dar algo al nivel «apropiado»].

[De acuerdo, estoy de acuerdo. Al nivel «adecuado».]

[Entendido perfectamente. «Adecuado», efectivamente...].

[... Lo mismo digo.]

[¡Yo también!]



En esta conversación repetida, todos, excepto el alegre Golden Moon, ocultaban cuidadosamente sus verdaderas intenciones mientras se evaluaban mutuamente.

... Todo porque querían darle a la Gran Luna un regalo que superara a los demás.

Así que...

«¿De verdad... tenemos que llegar tan lejos?».

Hidan sintió cómo se le agotaban las fuerzas y contuvo un suspiro silencioso en lo más profundo de su ser.